

Fausto: «Yo soy una parte de aquella fuerza que quiere siempre el mal y hace siempre el bien». Y tal vez en esta servidumbre forzada consiste uno de los tormentos más terribles que los enfurecen. Esos mismos pequeños diablos que son los comunistas rusos sirven a Cristo tal vez como nadie le ha servido. A pesar de sus esfuerzos, el mundo dará la razón a Pasteur cuando decía que mientras la idea de lo infinito siga hurgando en la mente del hombre, la voz de lo sobrenatural llamará a las puertas de su corazón. Decir infinito es acercarse al vestíbulo en que habita la Divinidad, es sentirse sobrecogido por una grandeza que no tiene límite ni medida, es prosternarse, arrodillarse, adorar, bien sea delante de esa grandeza, lejana, bien sea delante de su símbolo cobijado en el ámbito de un templo o colocado en el ara de un altar.

Esto es sencillamente la religión y la manifestación externa de la religión: el culto, la liturgia.

Porque se ha podido decir que la religión consiste esencialmente en ese culto, que el hombre, convencido de su dramática limitación por todas las fronteras del ser, abismado ante la consideración de su dependencia absoluta con respecto a ese Ser supremo, y avergonzado por su rebeldía a la voz misteriosa que habla dentro de él, consagra en su honor con la sumisión plena de sí mismo, dirigiendo hacia El todo cuanto es, todo cuanto hace, todo cuanto tiene. Por eso la religión es a la vez acatamiento y acercamiento, actitud rendida ante ese poder incontrastable, que se impone necesariamente a nuestra conciencia, y vuelo confiado hacia El; humildad que apenas se atreve a balbucir una palabra, y anhelar alegre hacia esa plenitud, con ansias de conocerla, con disposiciones de obedecerla, con fervores de servirla; es decir, con el alma abierta para admitir un dogma, para guardar una moral, para practicar un culto; un culto que, ante todo, debe ser interior, pero que por esa condición misma de interioridad, de autenticidad, tie-

ne necesidad de derramarse, de exteriorizarse, de hacerse público y social.

Así lo comprendieron todos los pueblos de la Historia, puesto que en todos ellos encontramos ese culto externo, y le encontramos, indefectiblemente, en la forma que más puede ayudarnos a manifestar ese acatamiento y a realizar ese acercamiento, la forma más excelente, la más elocuente, la más expresiva de nuestra angustia ante lo absoluto: la del sacrificio. Decir religión es lo mismo que decir religación, o si se quiere, unión; y decir sacrificio es decir comunión, la unión más estrecha que se puede imaginar, la unión perfecta del amor, que busca la identificación. A la luz de esta doctrina se nos presentan casi como divinamente inspiradas aquellas frases que leemos en el *Simposion*, de Platón: «Todo el arte de los sacrificios no tiene otro objeto que conservar el amor. Al sacrificio le está encomendado cuidar del amor entre los hombres y los dioses y producirlo». Y si esto lo aplicamos a nuestro sacrificio, la adivinación del gran filósofo cala tan hondo en la entraña de la realidad que llega a causarnos verdadero estremecimiento.

El sacrificio, efectivamente, es una ofrenda que el hombre hace a Dios como Señor supremo de todas las cosas, y que tiene como eco una comunicación de Dios al hombre; o más exactamente, es un don sensible ofrecido a Dios por el hombre para expresar simbólicamente la donación interior que el hombre hace de sí mismo. El sacrificio, por tanto, expresa el amor, produce el amor, compra el amor o despeja el camino al amor. La nota fundamental de todo sacrificio es manifestar nuestra dependencia con respecto a Dios por medio de una ofrenda representativa, pero en el fondo de esa ofrenda está el anhelo de la respuesta divina, de la gracia que perdona, de la gracia que enriquece, de la gracia que levanta. En definitiva, el sacrificio es una obra de amor; una fuente de amor, un comercio de amor; de suerte que un sacrificio que no esté animado, impregnado, calentado en llamas de amor, no es verdadero sacrificio. Así debía ser el